

Sexta parte

UNA VIDA EN EL INFIERNO

La farsa de mentiras desenfrenadas y coerción flagrante de testigos se desarrolló en la sala del tribunal... Fue el sistema judicial estadounidense en su peor aspecto...

CAPÍTULO 28

A fines de 1975, se formularon cargos contra cuatro indios por la muerte de los dos agentes. Yo era uno de los cuatro. Solo tres fuimos llevados a juicio. Contra el cuarto, Jimmy Eagle, acusado del supuesto robo de un par de botas que había brindado al FBI la excusa para invadir los terrenos propiedad de Jumping Bull, se retiraron los cargos por “insuficiencia de pruebas”. Fue curioso que se pasaran por alto los asesinatos de veintenas de indios tradicionales en la reserva en los meses anteriores, pero el supuesto robo de un par de botas —que con posterioridad se descartó en el tribunal— fue de inmediato objeto de una enorme investigación del FBI.

Los hermanos del Movimiento, Dino Butler y Bob Robideau, fueron al fin capturados, acusados falsamente del asesinato de los dos agentes y llevados a juicio en Cedar Rapids, Iowa, en julio de 1976. Para ese momento yo estaba arrestado en el Canadá, luchando contra mi extradición a los Estados Unidos. En el juicio de Butler y Robideau en Cedar Rapids, el jurado —consternado ante las abrumadoras pruebas de complicidad oficial en el terrorismo sostenido en Pine Ridge, así como de mala conducta flagrante del FBI en todo momento— declaró inocentes a Butler y a Robideau. Fallaron que al disparar ese día a los invasores desconocidos e inesperados en los terrenos propiedad de Jumping Bull, Butler y Robideau habían actuado en defensa propia, como sin dudas habían hecho... como muchos muchos otros habían hecho ese día.

Después de la absolución de Butler y Robideau, me convertí en el último acusado que tenían para endilgarle las falsas culpas. Se habían retirado los cargos contra Johnny Eagle, de modo que, de acuerdo con documentos del FBI revelados con posterioridad, “el peso total del proceso del gobierno federal pudiera dirigirse contra Leonard Peltier”. El gobierno necesitaba un chivo expiatorio, una condena para mitigar el grave daño a su imagen pública. Alguien tenía que pagar por las muertes de los dos agentes, incluso si no se sabía quién las había provocado... como confesó más tarde la fiscalía. Querían san-

gre india y yo fui el chivo expiatorio, el que habían estado buscando todo el tiempo. Supongo que pensaron que si me salvaba como Butler y Robideau, de cierto modo se abriría la temporada de caza de agentes del FBI. Esto pudiera ser comprensible, pero también absurdo, por supuesto... pura fantasía por parte de ellos. Nunca hubo temporada de caza de agentes del FBI por los indios, ni hubo plan o siquiera indicio alguno. Tal vez algunos de esos agentes del FBI creyeran de veras en la desinformación que su propia agencia distribuía desvergonzadamente para consumo público. Pero había algo cierto: desde hacía varios años había temporada abierta de caza de los indios tradicionales de Pine Ridge y los miembros del Movimiento que los apoyaban. Si lo duda, examínese la cifra de muertos en el transcurso de esos años en Pine Ridge. Los muertos con violencia del FBI fueron dos: Coler y Williams. Los muertos con violencia del Movimiento y los indios tradicionales fueron más de sesenta, según las propias estadísticas oficiales. Nosotros pensamos que la cifra es mucho más elevada. Que todas sus almas, todas y cada una, descansen en paz.

Fui arrestado en el occidente del Canadá el 6 de febrero de 1976, fecha en que comienza oficialmente mi sentencia. Después de estar escondido en Dakota del Sur varias semanas, había cruzado la frontera canadiense y había estado viviendo con algunos hermanos indígenas, a quienes siempre estaré agradecido, en los Montes Rocallosos de la Columbia Británica. Durante casi todo ese año estuve encarcelado en Vancouver, luchando contra mi extradición a los Estados Unidos. El FBI estaba decidido a hacer cualquier cosa, no importa si era ilegal, para hacerme regresar... y lo hizo. Se presentaron a los tribunales canadienses declaraciones juradas fraudulentas de una india llamada Myrtle Poor Bear en que se decía que era “testigo ocular” de la muerte de los agentes y también que había sido novia mía. Además, se decía que yo era el padre de sus hijos. Si alguna vez alguien proclamó una redomada mentira contra usted —y usted vio que todos los que la oían la creían— tal vez pueda tener un destello de comprensión de la sorpresa y repugnancia que sentí el día de la audiencia de extradición cuando escuché en aquel tribunal canadiense las mentiras que habían puesto en boca de aquella mujer. Las declaraciones de Myrtle Poor Bear sobre mí fueron titulares de prensa en Vancouver:

“Novia de Peltier testifica en su contra diciendo haber sido testigo ocular”.

No tenía la menor idea de quién era esa mujer, pues nunca la había visto u oído hablar de ella. Al igual que yo, al igual que cada uno de

nosotros, era un peón en el juego ilegal y malicioso del gobierno. Hace varios años, quedaron al descubierto pruebas que demostraron a las claras que el gobierno había sobornado a esta testigo y la había coaccionado para que brindara esas declaraciones juradas falsas. A sabiendas y con crueldad despreciable manipularon y aterraron a una india pobre e indefensa para que brindara testimonios falsos a fin de convencer al gobierno canadiense de que me extraditara, otra de sus víctimas. Sus declaraciones juradas fueron con posterioridad expuestas como tergiversadas y, funcionarios canadienses exigieron mi devolución al Canadá, expresando desagrado ante la distorsión intencionada a que recurrió el gobierno de los Estados Unidos para obtener mi extradición.

CAPÍTULO 29

Desde el día de mi captura por la Real Policía Montada Canadiense, mi vida se ha convertido en un interminable desfile borroso de cárceles y prisiones, con visitas ocasionales a tribunales, primero en el Canadá para las audiencias de extradición y luego en los Estados Unidos. Las esposas, los hierros para las piernas y los registros desnudo —“abre las piernas, Tonto”— han pasado a ser mi rutina diaria. No solo le quitan a uno la libertad —que se pensaría sería suficiente— sino que al parecer lo rebajan y humillan siempre y donde sea posible. Crean mucho más crimen, injusticia e inhumanidad que las que evitan. Todas las cárceles, sin excepción, son castigos crueles e inusuales. Cada una de ellas debiera ser declarada inconstitucional.

Como supuesto “asesino de policías”, recibí desde el principio atención especial. En mi primera cárcel en el Canadá, se estacionó a un guardia especial frente a mi celda toda la noche; esa sería la norma en los meses venideros. Cuando al día siguiente me llevaron a la cárcel metropolitana de Vancouver, me encontré rodeado de un grupo de policías abiertamente enfadados. Uno de ellos me quitó las esposas —supongo que para que pudieran culparme de lo que iba a pasar— y los demás se remangaron la camisa y me golpearon con los puños cerrados y odio infinito en el rostro. Me dispuse a luchar lo mejor que pude —pensé que podía derribar a dos o tres antes de que me vencieran— pero puedo decirles que durante algunos minutos estuve convencido de que me matarían allí mismo. Solo me salvó la intervención del sargento de la Policía Montada que me había llevado allí. Sí, hay policías buenos, muchos de ellos. Pero siempre habrá de los otros. Dentro de los muros de la cárcel enseguida se aprende que uno está a la merced de cualquiera que tenga una veta sádica y esos casi nunca faltan.

En la primera cárcel de Vancouver, podía mirar por la ventanita de la celda y, cuando me subí por las barras y miré hacia fuera, vi nada menos que a mi madre parada en la calle. Le grité —“¡Maaa! ¡Maaa!”— pero cuando volví a mirar se había ido. Fue como una

aparición, pero más tarde me dijo que sí había sido ella y que me había oído llamarla.

Esa misma tarde me pasaron de la cárcel metropolitana a la Prisión de Oakalla. Me procesaron y asignaron al bloque de alta seguridad donde algunos reclusos indios supieron quién era yo y se ofrecieron para brindarme un guardia de seguridad propio. Casi de inmediato me pasaron a un nivel superior de seguridad, solo a un nivel de distancia del corredor de la muerte. Vaciaron las seis celdas de ese lugar para dejarme todo el espacio. Mi propia celda, mi mundo personal al parecer eterno, era de cinco por nueve pies —he visto que bastante típico en casi todas partes— y contenía un inodoro de acero sin asiento, un lavabo y una litera de acero con colchón de dos pulgadas, dos sábanas, una frazada, nada de almohada, nada de pertenencias personales, ni siquiera un libro que leer. La única luz entraba a través de los barrotes frontales. Después que mi equipo de abogados comenzó a presentar peticiones en el tribunal y representantes de embajadas extranjeras visitaron mi celda, las condiciones mejoraron; se me permitieron libros, materiales de arte, diarios, e incluso un televisor colocado frente a mi celda en mi zona de ejercicios, un espacio de unos veinticinco pies de largo y quince de ancho. Más tarde supe que recibía exactamente el mismo tratamiento de quienes se encontraban en el corredor de la muerte.

Durante un tiempo incluso me colocaron en una celda del corredor de la muerte, entre dos presos que iban a ser ejecutados, uno de ellos indio y el otro un blanco condenado por matar a un oficial de la Policía Montada cuando robaba una tienda y que sería ahorcado la mañana siguiente. Supongo que me pusieron allí para que viera cómo era la cosa. La horca se veía a unos pocos pies de nuestra celda, en otra habitación, y dejaban la puerta abierta a propósito para que pudiéramos ver el cadalso con sus dos cuerdas colgantes. El blanco no hablaba mucho. Solo estaba sentado en su litera mirando al suelo, la cabeza gacha y las manos apretadas con fuerza entre las piernas. Observé que una de sus rodillas temblaba de modo incontrolable y que emitía un silbido agudo al respirar. Sorprendentemente, en una conmutación de la pena del modo que se presenta en las películas, a la mañana siguiente entraron a informarnos que el gobierno había abolido la pena capital. Los dos presos que se encontraban conmigo en el corredor de la muerte recibieron cadena perpetua, lo que significaba que tendrían que cumplir un mínimo de veinticinco años. Si vivieron, ya deben de estar al salir.

Unos pocos de los guardias de Oakalla parecían sentir al menos algo de simpatía por las causas indias y me hablaban con algún respeto. Y, como es usual, había otros que casi todos los días intentaban hacerme un informe y amenazaban con lanzarme al Agujero. Era cosa de risa. Pronto supe que el Agujero no era peor que el lugar donde me tenían y, en algunos sentidos, incluso era mejor. De modo que me encogí de hombros y les dije: “¡Bueno, qué carajo, vamos! ¡Háganme el favor y mándenme al Agujero!” Un rato después, cinco presos escaparon de Oakalla cuando estaban en el Agujero y eso contuvo durante un tiempo las amenazas de los guardias. De todos modos, les encantaba encontrar formas de atormentarme, sobre todo con insultos. Con el propósito de que yo las oyera, sostenían conversaciones sobre lo estúpidos y cochinos que eran los indios, sobre lo feas que eran nuestras mujeres y la poca moral que tenían. Decían que nuestros hijos eran deficientes mentales y debían ser reunidos y muertos como perros callejeros. Cómo reían con esto. Esperaban que explotara, me desahogara un poco y les diera la oportunidad de hacerme papilla o algo peor. No les daría esa satisfacción. Nunca me convertiría en lo que ellos querían que fuera. Me negaría a ser su víctima. No soy una víctima. Soy un guerrero. Aceptaré mi dolor, interior o exterior, como hace un guerrero, sin gemir, sin lloriquear, como aprendemos a hacer en la Danza del Sol. La Danza del Sol nos envía al mundo endurecidos contra el dolor, del mismo modo que un palo carbonizado se endurece con el fuego. Eso no significa que no sea posible quebrarnos o matarnos, pero será un trabajo difícil. De modo que nunca respondí, salvo con la mirada, al acoso racista de esos guardias y de otros como ellos. Me negué a ser tan ignorante como ellos...

El día antes de la fecha prevista para mi extradición a los Estados Unidos a mediados de diciembre de 1976, me pasaron de nuevo a una celda de mayor seguridad aún. Esta tenía cuatro paredes de barras de acero y estaba forrada con Plexiglass grueso, una jaula de acero dentro de una caja de plástico. Muchas veces me he preguntado a quién se le ocurren esas cosas, quién las diseña. ¿Habrán cursos en las universidades que enseñen cómo fabricar esas cámaras de tortura? Había un guardia estacionado frente a la celda y se le ordenó que no me quitara nunca los ojos de encima, ni siquiera un instante, y no lo hacía... aunque juro que debe de haberse quedado bizco mirándome cada vez que yo cagaba u orinaba. Durante un rato intenté devolverle la mirada del mismo modo inmutable con que lo hacía él hasta que el rostro se le enrojecía, la nariz le picaba y levantaba un brazo fornido

con el tembloroso puño apretado, los ojos más temerosos y suplicantes que asesinos. Sonreí a medias, me encogí de hombros y aparté la mirada. Los dos sabíamos que yo lo tenía a él tanto como él me tenía a mí. Los dos éramos prisioneros, el guardia y yo.

Supongo que la promesa del Ministro de Justicia del Canadá, a través de mis abogados, me dio un vago optimismo momentáneo en el sentido de que una vez que hubiera firmado los papeles de extradición se me trataría humanamente y se me sometería a un juicio imparcial en los Estados Unidos. De modo que estaba ansioso de salir de eso, por que se me llevara a juicio y se me hallara inocente, como había ocurrido el verano anterior con mis hermanos del Movimiento Bob Robideau y Dino Butler en el juicio de Cedar Rapids. Pensé que mi caso expondría en forma tan pública las fechorías del FBI en el territorio indio que el gobierno estadounidense se vería obligado a brindarme un juicio imparcial. Era demasiado inocente para ver que el Ministro de Justicia del Canadá no contaba para nada en los Estados Unidos y yo no acababa de darme verdadera cuenta de que era la única persona que tenía el FBI a quien endilgarle las muertes de sus agentes en Oglala. Y, como es sabido, siempre atrapan a su hombre, incluso si no es su hombre.

En la mañana que debía irme, la Policía Montada hizo venir un gran helicóptero militar al patio de la cárcel. Se me dieron mis ropas de civil y se me pusieron esposas y hierros de piernas dobles. Se me llevó a un aeropuerto militar cercano donde se me transfirió a un retropropulsor privado de la fuerza aérea que pertenecía a un general y a las pocas horas aterrizaba en Rapid City, Dakota del Sur. De nuevo en los maravillosos Estados Unidos, ¡sí!

Después de unas cuantas horas más en una cárcel de condado, se me llevó ante un magistrado para el emplazamiento. El magistrado intentó nombrarme un defensor público que parecía recién salido de las aulas de la escuela de derecho. Le dije que obtendría abogados competentes que me representaran, pero insistió en que aceptara al defensor público. Respondí que no iba a aceptar que ese “estudiante de derecho” me representara con cargos tan graves y exigí representarme yo mismo hasta que se pudiera contactar a mis abogados. El magistrado aceptó a regañadientes, fijó mi comparecencia ante el tribunal y no estableció fianza.

Todavía no llevaba quince minutos en la celda cuando se me condujo de nuevo al aeropuerto de Rapid City, se me trasladó al otro lado del Estado, hasta Sioux Falls, y se me arrojó en algo llamado el bloque del “centro de detención” en la Cárcel Estatal de Sioux Falls...

una de esas “universidades” en que una década atrás se había iniciado el Movimiento. De modo que aquí estaba, en el Agujero, sin saber si tenía abogados o si mi familia y partidarios sabían dónde me encontraba, sin un centavo para comprar sellos o cigarros o lápiz y papel para escribir. No tenía forma de saber lo que estaba ocurriendo en el mundo exterior o si en realidad le importaba a alguien. Todos los demás presos que vi eran blancos. No podía estar más solo, más aislado. Decidí mantener la boca cerrada e irme a dormir. Me quedaban unos seis o siete cigarros canadienses y decidí encender uno antes, acostado en la litera y soplando el humo al techo, deseando que de algún modo cada bocanada transmitiera una oración al Mundo del Cielo. Sin dudas me hacía falta alguna ayuda de allá arriba, al menos un indicio de que el Gran Espíritu recordaba mi existencia. Entonces escuché una voz procedente de la celda de al lado:

—Oye, viejo, ¿lo que estás fumando es un cigarro?

Era un blanco de mi edad y aspecto bien duro.

—Sí... ¿Por qué? —respondí. Pensé que iba a hacérmelas pasar mal.

—Bueno, no fumes más —dijo— y déjame terminarlo. Si lo haces, te doy cinco sellos.

Resultó que los únicos cigarros del Agujero eran los míos. Valían su peso en oro... o al menos en sellos postales. Valían incluso más que eso en amistad. No iba a hacerme capitalista y a obtener grandes ganancias con ellos en ese momento de mi vida. Le ofrecí un cigarro entero por un sello —un cambio justo, pensé— “para poder escribirle a mi familia y dejarles saber dónde diablos estaba”, le dije. Se mostró muy agradecido y debe de habérmelo expresado diez veces cuando encendió el cigarro e inhaló con fuerza el tabaco prohibido, centrándose en él casi como en una oración. Pensé que el Gran Espíritu debió de estar respondiendo a su oración y la mía. Es curioso como un cigarro y un sello postal pueden convertirse en verdaderos tesoros, casi en milagros, en ciertas circunstancias. De mi nuevo amigo, recibí mi sello junto con algo de papel, un lápiz y un sobre.

Me preguntó mi nombre y cuando se lo dije se entusiasmó realmente.

—¿Eres Leonard Peltier? Ay, viejo... vaya.

Y gritó a todos:

—¡Oigan, tenemos aquí a Leonard Peltier! ¡Peltier está aquí! ¿Me escuchan? ¡Leonard PeltiEER!

¡Comenzaba a darme cuenta de que no me habían olvidado! Pero también resultaba un tanto embarazoso.

Un coro de voces gritó aliento y, de repente, mi aislamiento desapareció. Incluso algunos gritaron: “¡Aguantá, hermano!” y supe que había al menos algunos indios allí conmigo. ¡Diablos, en comparación con unos minutos antes, me sentía en casa! De modo que pasé el resto de los cigarros por entre los barrotes y estos viajaron de celda en celda, pues cada hombre daba un par de chupadas y lo pasaba. Fue una fumada colectiva y, en cierta forma, una oración colectiva y, de algún modo, esos seis cigarros canadienses semiestrujados y medio aplastados parecieron durarles horas a una docena o más de hombres, hasta bien entrada la noche, hasta que todos nos dormimos. Me recuerda en cierta forma los panes y los peces de que oía hablar de niño en la iglesia blanca a la que mi abuela me llevaba. En aquellos tiempos nunca lo creí, pero ahora estoy abierto a la idea por haberla experimentado de primera mano con la media docena de cigarros canadienses. A veces son los pequeños milagros comunes y corrientes los que le dan a uno la fuerza para seguir.

Lo necesité para soportar lo que me vino encima en los meses siguientes, según me llevaron de una a otra de las diversas cárceles de la región. Los policías y los guardias me amenazaban con muerte segura “no importa lo que ocurra en el tribunal”. Se me daba comidas frías, insípidas, se me negaba el ejercicio, las visitas de la familia, incluso la ducha.

En una cárcel, me contaron que me habían estado orinando la comida. Cuando empujé la comida por la ranura de la puerta, me la empujaron de regreso y me dijeron: “¡Cómetela o muérete, cacho de mierda!” Pensando que prefería morir de hambre a comer aquello, la empujé otra vez y me la regresaron de nuevo. Cuando la volví a empujar, aparecieron frente a mi celda el alguacil y media docena de guardias. La puerta se abrió y todos quedaron allí de pie, una turba de ojos desorbitados, lista a saltar sobre su presa. Entonces comenzaron a entrar. Me paré en la parte trasera de la celda, enfrentándolos, con la pared a la espalda. “¡Vengan! ¡Es un buen día para morir!” Supongo que eso los hizo parpadear. Yo no estaba jugando. Todos entraron en la celda hasta que esta se llenó y luego gritaron, chillaron, escupieron y me amenazaron con los puños. Yo grité y chillé, les devolví los escupitajos y esperé a que se acercaran. Diablos, una muerte rápida a manos de ellos era preferible a una vida completa en la cárcel. Pensé que, si me era posible, me llevaría a algunos conmigo. “¿Quién lo quiere?”, pregunté, ocultando mi propio temor. Me sentía a punto de evacuar los intestinos, pero me contuve. Entonces el alguacil, que tenía el puño apretado justo frente a mi nariz y había

estado incitando a los demás, me miró a los ojos, comprendió que iba a ser el primero, tuvo una expresión de temor y reculó. Sorprendido, les grité: “¡Oigan, regresen, montón de cobardes! ¡Vamos!” Cerraron la puerta al salir y desaparecieron. Después de cuatro días, durante los cuales no comí un mordisco de su comida, el alguacil llamó a la oficina del jefe de policía para que viniera a sacarme de su cárcel antes de que muriera. Eso sería mala propaganda, de modo que vinieron a buscarme.

No recuerdo todos los demás calabozos anteriores y posteriores a mi juicio en Fargo. Para ese momento mi abogado, Bruce Ellison, amenazaba con un pleito a no ser que se me dieran privilegios al menos mínimos y, después de meses de aislamiento, al fin se me permitió una breve visita de mi familia, detrás de cristales y por teléfono.

Al fin, unos dos días antes de mi sentencia en Fargo, pude darme una buena ducha y afeitarme, se me dio ropa limpia y se me trató, casi, como a un ser humano.

BIENVENIDO A LEAVENWORTH

El 1° de junio de 1977, a las 9 a.m., recibí mis dos cadenas perpetuas en la sala del tribunal de Fargo y fui sacado de inmediato por la puerta, fuertemente custodiado, hacia el aeropuerto del lugar. Un par de horas después aterricé en el Aeropuerto Internacional de Kansas y me llevaron en carro a la Penitenciaría Federal de Leavenworth en un viaje de menos de una hora.

Un escalofrío me corrió por la nuca cuando pasamos junto al largo muro de dieciocho pies de alto y luego hasta la entrada principal de Leavenworth. El tamaño abrumador del lugar era aterrador y lo hacían incluso más estrafalario su cúpula central pintada de plateado, que recordaba con sorna el Capitolio de Washington D. C., junto con sus falanges de muros de piedra, cercas para ciclones, rollos de alambre de púas y leones de piedra con los ojos vacíos que guardaban los peldaños frontales situados debajo de la torreta... todo al parecer obra de algún arquitecto demente y sádico, cada detalle dispuesto, sin duda, para crear un ambiente de terror.

Subí con mis grilletes y hierros los peldaños frontales de la primera de una serie al parecer infinita de puertas de acero. Creí escuchar gritos distantes procedentes de algún lugar del edificio. O tal vez fuera solo que el viento aullara en el alambre de púas colocado sobre los muros. De pronto la mente comienza a jugarle a uno malas pasadas y

es como si uno escuchara a su espíritu diciéndole que corra, que no entre, y entonces el terror lo sobrecoge en forma casi insoportable, las rodillas se le aflojan, siente uno como si se fuera a orinar en los pantalones, tiene ganas de llorar, de pedir ayuda. Tuve un deseo apenas resistible de volverme a los alguaciles y rogarles que no me metieran en ese lugar. Estoy seguro que de haber hablado la voz se me hubiera deshecho en lágrimas. Y tal vez hubiera hablado... pero algo me salvó. Cuando volví la cabeza hacia uno de los alguaciles que me conducían arriba con la esperanza de encontrar un destello de calidez humana en sus ojos, no vi un rostro, sino una máscara de odio total y una mirada tan vil que ni siquiera puede describirse. Vio mi terror y mi debilidad y los disfrutaba como buen vino. No pude decir nada. Sonrió con la sonrisa de un diablo y dijo en voz casi jovial: “Estás muerto, jodido indio degenerado. No saldrás vivo de este lugar. Nos encargaremos de eso. Te atraparemos de una forma u otra. ¿Por qué no tratas de escapar, imbécil de mierda? ¡Dale! Hazme héroe. Oye, si te jodo me gano un ascenso!”

Juro que vi cómo su rostro y su cabeza se convertían en una serpiente que me escupía su veneno. La mente me daba vueltas y corría. Las rodillas me temblaban, me sentía débil, sin aliento, y apenas podía dar un paso más por la escalera. Entonces, de repente, no puedo explicar cómo, esa mirada de redomado mal en el rostro de esa víbora me inundó de fuerza. Mientras más me fulminaba con su odio, más fuerza me daba. Eso es algo que se aprende de ese tipo de odio: le da a uno fuerza para superarlo. Los espíritus interiores me gritaban que mantuviera el coraje, que combatiera la ira y el temor que corrían con tanta fuerza dentro de la mente, que me controlara antes de que perdiera todo el respeto de mí mismo y me convirtiera en la víctima temblorosa y gimoteante en que él deseaba convertirme. La fuerza y el valor regresaron de repente a mi interior como una marea volcánica. Las piernas dejaron de temblarme. Recuperé el aliento. En mi mente destellaron brillantes imágenes de la Danza del Sol, del sagrado Árbol de la Vida que me conectaba con el mundo, de los pinchos que entraban en mi carne y de las correas que me apretaban hasta que la piel se rompía, liberándome, y de inmediato me conecté con el dolor sagrado y encontré en él una fuente inagotable de fuerza. Sí, esto era simplemente una extensión de mi Danza del Sol. Esta era mi ofrenda a Tunkashila, el Gran Misterio... mi carne, mi vida, mi propia existencia. Solo podrían sepultar mi cuerpo, pero no podrían tocar mi espíritu.

Me volví a esta serpiente con forma humana, tan tranquilo de repente como en cualquier otro momento de mi vida, y cuando me decía por última vez: “Corre, jodido desgraciado”, le devolví la sonrisa y le dije en voz baja: “Bueno, vamos. Pero pórtate como un hombre. Dame la oportunidad de quitarme uno de estos hierros para poder correr. Vamos... así podrás ser el héroe que siempre has soñado. ¡No pierdas la oportunidad! ¡Vamos a hacerlo!”

Su rostro asumió una expresión de sorpresa e incredulidad. Se quedó parado, los ojos abiertos, mirándome alarmado y... sí... con temor. El segundo alguacil, que estaba junto a él, me empujó por la escalera ladrando: “¡Muévete, basura!” Lancé una obscenidad adecuada y seguí adelante. Lo que es más, me sentía más fuerte a cada segundo. No había forma de destruirme.

Cuando llegamos al interior del edificio y me habían empujado por una serie de puertas corredizas con ventanas de cristal oscuro, se me dijo que me detuviera en una habitación. De pie en ella podía ver en el cristal oscuro el reflejo de los dos alguaciles hablando por un agujero con el guardia del cuarto de control. Luego se escuchó el altavoz: “Presione su nariz contra la pared. Vamos, basura, presiónala en esa pared.” No me moví. De nuevo la voz: “¡Presiona tu jodida nariz a la pared o te vamos a patear el culo!” Tampoco les hice caso. He encontrado que en general no contestar es la mejor respuesta a las incontables amenazas vacías, y no tan vacías, que se reciben dentro de estas paredes. Estáte listo, manténte suelto, sigue expectante... y no hagas nada. Eso vence a esos degenerados. No siempre funciona, pero a veces sí.

Y así comenzó la larga, larguísima mancha de mi vida en la cárcel. No los aburriré con los infinitos traslados de Leavenworth a otras cárceles federales y de regreso, otro traslado y otro regreso... Terre Haute, Marion, Springfield y otras, cada una de ellas con infinitas historias de horror grandes y pequeñas propias. Cuando uno es huésped del infierno, aprende que el diablo tiene muchas mansiones y uno va y viene de una a otra sin razón conocida. Al menos en el infierno siempre recibe uno un cuarto, o parte de un cuarto. En el infierno no hay muchos sin techo. Supongo que en ese sentido es mejor que algunos otros lugares.

CAPÍTULO 30

Después de mi extradición ilegal del Canadá, se produjeron algunas cosas muy curiosas. Sin explicación alguna, mi juicio, que comenzó en marzo de 1977, pasó de Cedar Rapids, Iowa, donde debió haberse celebrado ante el mismo juez que había presidido la absolución de Butler y Robideau, a un tribunal abiertamente hostil en Fargo, Dakota del Norte. Las pruebas de mala conducta oficial e ilegalidad deliberada que habían influido de tal modo en el jurado de Cedar Rapids no se admitieron en el tribunal de Dakota del Norte. Tampoco la historia completa de la agitación iniciada por el gobierno en Pine Ridge en años recientes. Lo que es más, sorprendentemente el juez me prohibió alegar legítima defensa, como habían hecho Butler y Robideau con los mismos cargos. Toda mi convicción se basaba en pruebas circunstanciales, la mayoría por entero inventadas, incluida la supuesta arma homicida que nunca fue mía ni tuvo nada que ver con los sucesos de Oglala, como bien sabía el FBI por haberlo inventado todo, absolutamente todo, como con posterioridad mostraron sus propios documentos. La farsa de mentiras desenfrenadas y coerción flagrante de testigos se representó en ese tribunal.

Mientras tanto, para asegurarse de que el jurado estuviera bien intimidado, el gobierno inventó un cuento chino, que la prensa difundió como el evangelio, en el sentido de que el Movimiento iba a asaltar en cualquier momento la sala del tribunal. Llegaron al punto de cubrir las ventanas de la sala. Por todas partes acechaban alguaciles federales, armados hasta los dientes, buscando en cada sombra guerrilleros del Movimiento que no estaban allí. El jurado se movía bajo custodia de unidades especiales SWAT. Las ventanas del autobús en que se les transportaba estaban tapiadas con papel adhesivo o pintadas. El juicio en sí era totalmente absurdo, una farsa, una invención patente, como tantas otras cosas. Mientras tanto, el proceso, sin escrúpulo alguno, incluía infinitas mentiras, pruebas inventadas y testigos falsos y el juez lo permitía todo. Era el sistema judicial estadounidense en su peor aspecto, mofándose de los propios princi-

pios de verdad y justicia en que supuestamente se basaba, escupiéndolos incluso.

El jurado blanco, comprensiblemente aterrado, ansioso por salir de todo eso lo antes posible, apenas tomó seis horas para anunciar un veredicto de culpable de dos cargos de asesinato en primer grado. Aunque fueron manipulados e intimidados, hubieran podido ver lo que se estaba produciendo y haberse opuesto a ello, como habían hecho los jurados de Cedar Rapids. Al fin y al cabo, habían sido las personas nombradas por la sociedad para evitar precisamente ese tipo de atropello. Estos jurados, que con tanta frecuencia reciben burlas e insultos, son la salvaguardia de todo el sistema jurídico estadounidense y, por ende, de la propia democracia. Les era posible —de hecho, era su deber— no solo liberar a un inocente, sino revelar toda esta ilegalidad oficial.

Al terminar el juicio de Fargo, el fiscal me señaló y dijo al tembloroso jurado con voz tronante que “este hombre, este hombre que está aquí sentado ante ustedes’ mató a sangre fría y a bocajarro a los agentes ya heridos con un rifle de gran potencia...” Y, sin embargo, años después, en una de mis muchas audiencias de apelación, ese mismo fiscal admitió ante el tribunal que el gobierno no tenía idea de quién había matado a los agentes. Afirmó para que constara en acta: “No teníamos pruebas directas de quién había sido la persona que apretó el gatillo”.

En mi audiencia de 1986 para un nuevo juicio, el Tribunal de Apelaciones del Octavo Circuito reconoció que había habido invención de pruebas, retención de pruebas exculpatorias, coerción de testigos y conducta impropia del FBI. ¿Por qué, entonces, no se me liberó de inmediato de la cárcel como la persona inocente que era, incluso por numerosas admisiones de ellos? Sencillamente porque, como siempre he afirmado, cualquier indio serviría para pagar la muerte de sus agentes... preferiblemente un miembro del Movimiento de “afuera”, al que pudiera acusarse de provocar problemas en la reserva. Al parecer a eso se debía que “personas de fuera” como Butler, Robideau y yo hubiéramos sido escogidos del grupo de treinta o más que había aquel día en Jumping Bull y también probablemente explica por qué se retiraron los cargos a Jimmy Eagle, que era del lugar. Resultó que me escogieron a mí. Sí, yo, Leonard Peltier, era el hombre. Esta vez no correrían riesgos. Yo era el único indio que quedaba para cargar con la muerte de sus dos agentes. Si los federales no podían encontrar al verdadero asesino, por supuesto que iban a usarme a mí. Y así lo hicieron.

El juez de apelación que escuchó la admisión del fiscal de todos modos denegó mi apelación. Más tarde, en 1992, se falló que aunque no había un atisbo de pruebas creíbles que demostrara mi culpa, seguía siendo culpable de “complicidad” en la muerte de los agentes sencillamente por haber estado en Jumping Bull aquel día y que, por tanto, seguiría sirviendo las dos condenas consecutivas de cadena perpetua... incluso cuando el jurado de Fargo me había impuesto estas sentencias máximas por el cargo específico de haber supuestamente asesinado yo mismo a los agentes a poca distancia con un arma de gran potencia, no por el vago delito de “complicidad”. Ese mismo juez que se había opuesto a mi apelación declaró con valentía años después que el gobierno había sido al menos “igualmente responsable” de las muertes de sus propios agentes y escribió una carta al presidente Reagan instándolo a conmutar mi sentencia. Desearía que ese mismo juez y ese fiscal —y tantos más que pudieron haberlo hecho y pudieran hacerlo todavía— hubieran declarado la verdad según la conocieron unos cuantos años atrás, antes de que me robaran la vida. Incluso así, les agradezco sus tardías admisiones.

El hecho de haber sido condenado sin pruebas creíbles de culpa y que ninguna prueba contraría, por abrumadora que fuera, pareciera suficiente para obtener la liberación o incluso un nuevo juicio y mucho menos la libertad bajo palabra después de casi un cuarto de siglo, es precisamente por lo que me se suele llamar “preso político”, para gran vergüenza, sin dudas, del gobierno estadounidense.

Se me dice que, en el último recuento, más de 25 millones de personas en toda la Madre Tierra han tomado tiempo de sus ocupadas vidas para firmar una petición por mi libertad. Agradezco a cada una de esas personas. Agradezco personalmente a cada uno de ustedes. Valoro también el apoyo que se en el transcurso de los años me brindaron la difunta Madre Teresa de Calcuta, el arzobispo Desmond Tutu, el Dalai Lama y los demás defensores de los oprimidos y desposeídos del planeta.

Mitakuye Oyasin. Sí, es cierto. Todos somos parientes.

CAPÍTULO 31

Otra cosa muy curiosa me ocurrió un par de años después de la condena de Fargo, de hecho, después de la primera vez que el Tribunal Supremo negó la revisión de mi caso en 1979. Un día me transfirieron, inexplicablemente y sin aviso previo, de la cárcel de máxima seguridad de Marion, Illinois —uno de los verdaderos infiernos de esta tierra, el “nuevo Alcatraz” para “presos incorregibles”, donde pasé casi todo el tiempo aislado— a la instalación carcelaria de baja seguridad comparativa de Lompoc, en la templada y agradable costa central de California, cerca de Santa Bárbara. Curioso. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Se habían ablandado de repente? ¿O se les habían reblandecido los sesos? No era probable.

El hombre que se suponía originalmente que me asesinará, un preso indio de Marion —y un ser humano enormemente valiente— llamado Robert Standing Deer Wilson, me había alertado sobre el plan. Bajo presión extrema, había accedido a su pesar a hacerles el trabajo sucio y “coger a Peltier”. A cambio, le prometieron que retirarían los cargos pendientes por asesinato en su contra y también que se encargarían de que recibiera el tratamiento médico que necesitaba desesperadamente para una afección en extremo dolorosa de la columna vertebral que se habían negado a atender durante años.

Pero, luego de aceptar el plan, Standing Deer no pudo decidirse a llevarlo a cabo y vino a verme para contármelo. En retrospectiva, pienso que eso es exactamente lo que deseaban que hiciera... hacerme temer por mi vida para que intentara escapar y poderme matar por fuga. Standing Deer me dijo que los dos seríamos transferidos de Marion, después de estancias breves en Leavenworth, a la instalación de Lompoc. Según decía, funcionarios de la cárcel le habían explicado que él no era el único asesino que enviarían contra mí. Dijeron que otro indio, que él no conocía, pero que también había sido asignado a Lompoc, tendría un cometido paralelo al suyo. Entonces Standing Deer, tras haber desempeñado sin darse cuenta el papel que deseaban, quedó en Leavenworth mientras me enviaron

solo a Lompoc, sabiendo ya —o creyendo saber ya— que allí me esperaba mi asesino. Eso era precisamente lo que querían que pensara. Poco después de mi llegada a Lompoc se me acercó un recluso indio que, supongo, debió de haber sido el asesino que planeaban.

Mis días en Lompoc estaban sin dudas contados. A no ser que deseara despertar muerto una mañana, no podía sino huir. Por supuesto que *deseaban* que intentara fugarme, lo que haría mi muerte fácil y por entero justificable. De todos modos, en retrospectiva, lamento profundamente haberlo intentado. Fue un montaje y caí en la trampa. Me golpeará siempre que los dos que se fugaron conmigo, que solo lo hicieron para ayudarme, pagaran el precio: Dallas Thundershield, baleado por la espalda en cuanto salimos, y Bobby García, encontrado muerto dos años después en la unidad médica de la cárcel federal de Terre Haute, Indiana. Dijeron que se había ahorcado. Es curioso que se me dijera que también tenía una sobredosis de barbitúricos en sangre.

En cuanto a Standing Deer, después de desempeñar su involuntario papel, la recompensa que recibió fue ser arrojado de nuevo a un agujero de hierro... según supe por última vez, en una cárcel de Texas. Aquí no lo matan a uno una sola vez: lo matan todos los días. Y cada día renacemos, gústenos o no, a la vida... y morimos... una vez más.

¿Por qué no me mataron a mí también los guardias durante la fuga? Sin dudas pretendían hacerlo. Al salir, solo corrí, me arrastré y me abrí paso en la noche por terreno escabroso desconocido, dirigiéndome a todas partes y a ninguna. Oía los gritos y las sirenas. De algún modo escapé. ¿Acaso tuve un préstamo temporal de otra camisa de fantasma? Estuve cinco días escondido en barrancos y malezas. Parecía que me convertiría en un eterno fugitivo.

Al fin un agricultor me descubrió por casualidad en un terreno y alertó a las autoridades. Supongo que pude matarlo cuando tropezó conmigo, pero no iba a brindar justificación a todos los cargos en mi contra. Tenía un rifle viejo que un simpatizante me había pasado después de la fuga, pero nunca he matado a nadie y nunca lo haré. Era un hombre común y corriente, como yo. Intenté correr, pero pronto vi que seguir huyendo era inútil ya que ahora sabían dónde buscar.

Cuando me descubrieron a unas cuantas millas de distancia, no intenté oponer resistencia, sino que me entregué pacíficamente. Dada toda la publicidad sobre mi fuga, hubiera sido incómodo dispararme allí a sangre fría. Contaba con eso.

Me esposaron y devolvieron a la cárcel de Lompoc por un día y luego —como solo me habían enviado allí para facilitar mi fuga y asesinato— me volaron en un chárter privado a aquel infierno de

máxima seguridad donde había comenzado todo el plan de asesinato: la penitenciaría federal de Marion, Illinois. Celebraron un juicio y añadieron siete años más a mis dos cadenas perpetuas. En realidad, para ese momento, ya no era necesario matarme... a no ser que se pudiera hacer con tranquilidad, sin publicidad o protesta pública. Sin dudas no hubieran querido provocar una investigación verdadera asesinandome abiertamente. De todos modos, ya era uno de los muertos vivientes.

Atribuyo el estar vivo desde entonces a la preocupación de mis partidarios. Sus generosos esfuerzos me dieron aliento, sí, incluso inspiración, para continuar la lucha. Mientras se mantengan observando, sin quitarme los ojos de encima, es menos probable que se urdan nuevas tramas en mi contra. Aunque estoy seguro de que los federales lamentan su fracaso en Lompoc, matarme no serviría a ningún propósito en este punto, tanto tiempo después de los hechos. Encarémoslo: los que me encerraron aquí piensan que han ganado. Matarme ahora solo llevaría a una investigación del Congreso que podría desenredar toda la madeja torcida de fechorías oficiales ocurridas desde aquel 26 de junio de 1975 hasta hoy.

CAPÍTULO 32

Mis abogados, hombres de paciencia infinita, han seguido alegando mi inocencia en incontables audiencias posteriores al juicio y apelaciones a lo largo de los pasados veintitrés años. Tuvimos muchos momentos en que mi liberación, o al menos un nuevo juicio, parecían algo seguro... tan abrumadoras eran las pruebas de que se me había condenado injustamente. Se me ha negado repetidamente un nuevo juicio, en que mis abogados presentarían pruebas como la demostración de que la presunta arma homicida era falsa. Los tribunales han fallado que el gobierno retuvo pruebas exculpatorias que hubieran demostrado mi inocencia y que el juez erró en su fallo impidiéndome una defensa adecuada. El gobierno estadounidense admite ser directamente responsable de mi extradición fraudulenta del Canadá en 1976, pues se presentaron a los funcionarios canadienses declaraciones juradas falsas. Además, se me extraditó por un cargo de asesinato, aunque no había pruebas directas en mi contra.

Pero todas las apelaciones han caído en oídos sordos y se han rechazado y cada vez hemos tenido que reiniciar el dilatado, agonizante y desmoralizador proceso. Puede que no haya nada más tedioso o aburrido que las apelaciones... a no ser, por supuesto, que tenga uno interés personal en ellas, como la vida y la libertad propias.

Ya he descrito lo que me ocurrió aquel día. Solo puedo decir lo que vi e hice yo mismo. Disparé solo en defensa propia, como hicieron una docena o más de defensores aquel día y disparé no para matar, sino para inmovilizar a aquellos invasores desconocidos y a quienquiera disparara contra nosotros mientras intentábamos huir. No pretendía cobrar vidas, sino salvarlas. Tenía a mi cuidado mujeres, niños, ancianos. Hice todo lo que pude para defenderlos, para ayudar a rescatarlos. Y lo hice no con la ayuda de un rifle —porque teníamos un rifle contra mil— sino con una oración al Gran Espíritu, al Gran Misterio, y la guía del águila sagrada que nos enviaron milagrosamente a salvarnos. Independientemente de lo que me ocurrió después, sigo agradeciendo que se me diera la oportunidad de ayudar

a salvar las vidas de un grupo indefenso del pueblo indio. Esa fue la única “complicidad” mía aquel día.

Mis apelaciones para que se celebrara un nuevo juicio continuaron, aunque el Tribunal Supremo se negó a revisar mi caso en 1987. Habían surgido tantos testimonios y pruebas cruciales en apoyo a mi inocencia y en demostración de la mala conducta oficial que espero mi vindicación pública en un juicio abierto y honrado... si el gobierno lo permite algún día. Mientras tanto, nuestras actividades jurídicas se han centrado también en procurar la libertad condicional o la clemencia presidencial o ambas cosas. Hace cinco años, la Comisión de Libertad Condicional de los Estados Unidos rechazó mi apelación, a pesar de que su propio examinador recomendó mi libertad condicional. En mayo de 1998 reconfirmaron el rechazo. Se me dice que puedo solicitarla otra vez en 2008. Un acto tan sencillo para los tribunales como cambiar mis sentencias “consecutivas” por sentencias “concurrentes” me daría la libertad y me devolvería al menos una parte de mi vida, aunque en la ancianidad. Ruego que se cambie esta única palabra.

Mi principal abogado, el ex fiscal general de los Estados Unidos Ramsey Clark, presentó también a fines de 1993 una solicitud oficial de clemencia ejecutiva al presidente Clinton, lo que significa no un perdón sino una orden presidencial que me liberara simplemente de la cárcel por “tiempo servido”. Esta parece ser mi última esperanza de libertad. La solicitud se llevó a revisión del Departamento de Justicia que, tengo entendido, debe realizar una recomendación oficial al Presidente después de revisar todos los aspectos de mi caso.

En los momentos en que escribo estas palabras casi cinco años después, sigo esperando la retardada recomendación del Departamento de Justicia. Rezo con fuerza por que llegue pronto. Rezo que un águila dorada vuele desde el asta de la bandera del Despacho Presidencial y lleve la recomendación tardía de la mesa del fiscal general a la del Presidente. Y mientras el Presidente examina la solicitud de clemencia de este indio inocente, ruego que el águila se mantenga en su mesa, mire a sus ojos, y una su grito al de millones de personas de todo el mundo que le han escrito al Presidente pidiéndole mi liberación.

Hace unas pocas noches, soñé que estaba de pie en el Despacho Presidencial con un grupo de indios. Espero que el sueño pronto sea realidad.

Mientras tanto, mi vida se agota.

Mi comité de defensa y partidarios hace muchos años presionan por una audiencia del Congreso sobre mi caso y se me dice que hay verdaderas esperanzas de ello en un futuro cercano. Veintenas de congresistas y senadores estadounidenses me han brindado su apoyo abierto. Pero ni siquiera una audiencia del Congreso —no importa cuán reveladora— me liberará. Solo pueden hacerlo personas de buena voluntad del gobierno estadounidense, y en particular el propio Presidente. Espero la consideración y compasión de ellos... y de ustedes.

Soy indio. Mi sencillo deseo es vivir como tal.

CAPÍTULO 33

En estos precisos momentos, cuando escribo esto a principios del otoño de 1998, acabo de salir del “Zapato”, o sea, el SHU,¹¹ o Unidad de Tratamiento Especial, el nombre oficial del Agujero en Leavenworth. Lo meten a uno allí, en una jaulita construida dentro de una jaula mayor, por lo que uno hace y por lo que no hace, de modo que no se le puede evitar por entero. No deseo causar problemas. Hasta aquí en Leavenworth —*sobre todo* aquí en Leavenworth— intento construir armonía para hacer incluso de este lugar un mundo mejor. Causar problemas es lo último que deseo. Ese sería el camino fácil, y el camino estúpido. Los problemas llegarán sin dudas, incluso cuando uno no los provoque. Cuando hace algún tiempo se produjo aquí un motín, hice enseguida lo que pude para que los hermanos indios no participaran, reuní en un grupo a todos los que pude encontrar y los mantuve fuera de la refriega, rezando juntos en forma parecida a como lo hacíamos el día que el águila apareció en Oglala para salvarnos.

En tiempos de desorden repentino, se saldan muchas rencillas privadas. Los cuchillos hechos en casa salen de sus escondites y hay que estar bien alerta para asegurarse que uno de ellos no encuentre el camino hasta el vientre, justo debajo del esternón, haciendo caer los intestinos al suelo de baldosas. Se forma un revoltijo repugnante, lo he visto ocurrir.

Los indios nos manteníamos juntos y evitábamos lo peor. No llegó águila alguna, pero sobrevivimos.

Hacer todo lo posible para mantener a salvo a mis hermanos me valió una larga estadía en el Zapato, por supuesto. Escuchen, estoy acostumbrado a pagar por delitos que no he cometido. Puedo decirles que no me agrada ni un poquito estar en el Zapato. Pasa uno veintitrés horas del día en una cajita situada dentro de una caja más grande. Se le permite salir a la caja más grande una hora para hacer ejercicio. El propósito es quebrantarlo a uno. Lo evitaré si es posible, pero no me quebrantarán allí dentro. Por nada del mundo.

¹¹ SHU: Juego de palabras con *shoe*, zapato, de igual pronunciación.

Allí en el Agujero, sueño. Me siento caer, caer. Como Alicia por el agujero del conejo, solo que es una caída que no termina nunca. No hay suelo, no hay fondo, no se detiene en un lugar. No caigo por el espacio, ni siquiera por el tiempo. Es el agujero de mi propio ser. Caigo por el espacio abierto donde se supone que mi vida esté. Llevo cayendo así, en caída libre de ningún lugar a ningún lugar, casi un cuarto de siglo. Puede que por eso lo llamen el Agujero. Es del Agujero que hay dentro de mí que nunca puedo salir.

Mientras caigo, me permito soñar. ¿Sueño o me sueñan? A veces no estoy seguro. De todos modos, este es uno de los sueños que he escrito. Lo he tenido en varias formas muchas veces. Con frecuencia me llega en ese estado entre la vigilia y el sueño. Mi abuela me dijo que era el momento más sagrado, ese momentico entre la vigilia y el sueño, esa ranura luminosa entre este mundo y esa otra realidad mayor que contiene esta pequeña realidad que llamamos nuestras vidas. El sueño comienza siempre en la casa de mi infancia, la casita de mis abuelos en los bosques de Turtle Mountain, allá en Dakota del Norte, junto a la frontera con el Canadá. No estoy seguro de qué significa. Cada vez que lo sueño, cambia. Y cambia incluso más cada vez que trato de escribirlo.

De todos modos, permítanme volver a soñarlo aquí, por lo que vale. Pienso en él como en una suerte de visión, un mensaje evocador e intrigante que todavía no acabo de descifrar. Espero hacerlo algún día. Es así... al menos de momento, antes de que vuelva a cambiar:

LA ÚLTIMA BATALLA

Una historia en forma de visión

Me encuentro mirando en silencio a través de la ventana rota y llena de telarañas de la choza de madera que era mi casa de niño en Dakota del Norte. Es como si hubiera estado allí en silencio horas, días, años, mirando por esta ventana rota y viendo todos los recuerdos ir y venir, sombras borrosas apenas visibles dentro de la casa... abuela y abuelo, mi madre y mi padre, mis hermanas, todas las personas que en un tiempo compusieron mi vida... muchas de ellas ahora fantasmas, como yo mismo.

Parece que he pasado siglos parado allí, en estado casi incorpóreo, mirando por la ventana.

Ahora escucho el sonido de alguien que llora... un niño. Es un gemido, como un viento distante en la pradera. Un gemido de dolor, de terror. El corazón se me aprieta en el pecho. Conozco esa voz. Ahora

la voz se detiene. Ahora recomienza. Ahora, de nuevo, se detiene al fin. El silencio frío cae a mi alrededor, dentro de mí.

Por supuesto, la voz es mía, es mi propia voz de niño que me llama. Tengo los labios congelados. No puedo responder, aunque lo intento. No puedo responder, sólo puedo escuchar cómo la voz se desvanece y regresa, se desvanece y regresa, como un viento de pradera solitario, lejano.

He llegado a casa, pero no hay casa a la que llegar. Solo está esa ventana, llena de cristal cortado y de telarañas. Logro apartarme. Siento el cuerpo enormemente pesado. Mis pies parecen hechos de concreto. Cada paso es una agonía. Acosado por el vacío, por recuerdos que se niegan a ser recordados, me sacó literalmente de mi cuerpo, que permanece de pie allí en la ventana aunque mi verdadero ser, mi ser espíritu, se libera por entero y vuela hacia arriba como un remolino de chispas.

Ahora me encuentro en un paseo espiritual en este antiguo hogar mío, en un tiempo familiar. Mis pies andan sendas ocultas que en un tiempo caminaron mi pueblo, mucho tiempo abandonadas, recordatorios borrosos de todo lo que en un tiempo fue y nunca volverá a ser. De nuevo y de nuevo escucho en el viento ese llanto distante.

Me acerco y veo allí agachado, al borde del agua, a un indio viejo de cabellos plateados, largos y brillantes, atados en trenzas que le llegan a las caderas. Tira piedras al azar en el agua gris lodosa. Peces, tortugas, renacuajos muertos y moribundos yacen dispersos en la orilla.

Me pregunto quién es este anciano de cabellos plateados, ya que en el transcurso de los años he llegado a conocer a la mayoría de los ancianos de nuestro pueblo. No es nadie a quien recuerde y, sin embargo, hay en él algo curiosamente familiar. Como si mis pensamientos hubieran sido pronunciados en voz alta, se pone en pie de repente, volviendo el rostro hacia mí, y mira con viejos ojos estrábicos a los míos, como si sondeara mi ser más recóndito. Ahora, con el titilar de una sonrisa en sus delgados labios incoloros, asiente como si me hubiera estado esperando. Levanta la mano y me hace un gesto para que me acerque. Lo hago.

Cuando me acerco, veo lágrimas oscuras formarse en sus ojos vacíos, lágrimas que corren por su rostro y gotean lentamente en el agua. Al acercarme más me sorprende ver que esas lágrimas son lágrimas de sangre.

Ahora habla en voz baja y su voz antigua tiene el mismo llanto del viento que contiene.

“Hijo mío... hijo mío... —llama en voz de tristeza infinita. Y pone su fantasmal mano azul en mi hombro, mirando profundamente en mi alma.

Continúa:

”Soy un viejo, doblegado por los años y el dolor. Soy la semilla original de la vida, entregada a nuestro pueblo por el Gran Espíritu. Cada una de estas piedras que lanzo es un sueño perdido de nuestro pueblo, un sueño que se hunde y ya no es, pero que deja una onda en el agua para siempre.

”Soy la voz de los ancianos de antaño, ahora que sus voces se han acallado. Sus voces hablan en la mía.

”Soy la voz de un pueblo, de una gran nación, atada ahora en cautiverio eterno. Estas lágrimas de sangre que fluyen de mis ojos son la sangre del pueblo, las lágrimas del pueblo, la agonía del pueblo, cuyo cautiverio continúa hoy.

”Soy la voz de la propia Madre Tierra. Y también soy las voces de quienes claman contra su destrucción. Soy la voz de la Oposición. Soy un coro de millones.

”Hablo por quienes no pueden hablar, aquellos de voz acallada. Siempre que sopla el viento o cae la lluvia o retumban los truenos, escucharás sus voces en mi voz. Hablo por ellos.

”Y soy la voz de la Séptima Generación, de aquellos aún por nacer, que nos gritan que les dejemos un mundo en que nacer. Sí, hablo por ellos también.”

Según habla, el viento se eleva y ulula en torno a nosotros como un coro de voces fantasmales. Toma mi hombro en esa zarpa azul que es su mano y me zaranda suavemente, con la suavidad con que se despertaría a un niño que duerme.

“Y Leonard —dice—, aprende también esto. Soy tu propia voz. Te hablo desde dentro de ti mismo. Deja que los ancianos hablen a través de ti. Sé la voz del pueblo. Habla las palabras que pongo en tu lengua. Envíalas al mundo. Habla lo no dicho para que los sordos puedan oír. Conviértete en orador de la Tierra. No rindas nunca tu silencio...”

Su mano como zarpa libera mi hombro y veo cuando comienza a desvanecerse, disolviéndose en la bruma que se eleva del río. Extiende la mano para tocarlo, pero donde estuvo momentos antes hay solo vacío.

El coro fantasmal de voces de viento amaina con un prolongado aullido final.

Estoy de nuevo solo.

En la orilla donde estaba el anciano hay una pilita de piedras. Esperanzas perdidas. Sueños perdidos. Me alegra que no las hubiera lanzado todas al agua.

Me las meto en el bolsillo y, todavía hoy, siempre que las saco y las froto con los dedos, las esperanzas y sueños de mi pueblo vienen a mi yo. Creo que si pudiera frotarlas durante mucho tiempo y con mucha fuerza, ese mundo perdido regresaría de repente. ¿Quién dice que esa otra realidad no es tan real como esta realidad que los seres humanos parecemos tan empeñados en profanar? Creo que lo es. Sé que entraré en esa otra realidad yo mismo algún día en un futuro no muy distante y toda mi familia, amigos y guerreros de espíritu estarán allí para saludarme. Lo espero con ansiedad.

Continúo mi paseo espiritual. Me siento inquieto, molesto, perturbado, según viajo por las reservas embrujadas. Mientras camino, observo a muchas criaturas del Gran Espíritu tendidas inmóviles, otras tambaleándose en la deformidad, temblando de dolor. No emiten sonido. No tienen voz. Lloro por ellas y con ellas. Les doy mi voz. Ahora te llamo con su voz.

Mientras camino con toda esa muerte a cada lado, vuelvo mis ojos al cielo, buscando los bellos seres alados que en un tiempo montaron el viento con tanta gracia y vitalidad. Pero ellos también se han marchado. La tierra, el cielo, el agua están todos muertos, inertes, mudos. La Madre Tierra yace yerma, sin voz, muda por la violencia insensata infligida sobre ella y sobre sus hijos, el pueblo indio.

Dentro de mí se eleva una nube oscura de humo negro, una nube de odio que me ahoga desde adentro. Me ahogo en mi propio odio, en mi propio deseo a gritos de venganza cruenta sobre aquellos que han infligido esos terribles males. Mis fosas nasales tiemblan de ira, de rabia.

Y ahora comienzo a percibir el olor a carne humana que se quema, un olor tan nauseabundo que hace que me ardan los ojos. El corazón me late de modo incontrolable. El olor de la muerte me hace escocer la nariz y echo a correr. Al acercarme a mi aldea, encuentro solo silencio donde el aire estuvo en un tiempo vivo con las risas de los niños y las voces del pueblo. Un escalofrío me recorre, una soledad terrible, físicamente palpable y abrumadora. Siento pánico total.

Me obligo a correr hacia la primera casa india que veo. Después de entrar y avanzar unos cuantos pies a tropezones, me congelo. Ante mí, los cuerpos mutilados de mi pueblo —hombres, mujeres y ni-

ños— yacen en el suelo, todos en poses grotescas, los ojos abiertos en terror ausente, las piernas dobladas en su agonía final.

Comienzo a gritar, corriendo de casa en casa de aquella aldea impura. En todas partes lo mismo: cuerpos ennegrecidos, retorcidos, deformados hasta hacerse irreconocibles.

Perdido y solo, camino como en un trance hasta el centro de la aldea. Entonces llega una explosión horrenda y abrumadora. Todo mi cuerpo vibra. Levanto la vista al cielo y veo un destello cegador.

Incapaz de mirar más tiempo, caigo de rodillas, ampollado y débil. Y en el suelo veo un charco de sangre... ¡las lágrimas del anciano!

CAPÍTULO 34

Estoy tendido en mi cama esta tarde de sábado, con la cabeza apoyada en la almohadita dura, el cabo de lápiz mordisqueado sobre el bloc amarillo que tengo en el regazo y vuelvo a soñar en el *inipi* de hoy, la ceremonia en la tienda de sudar, porque no quiero dejarlo ir. El *inipi* hace sagrada cada mañana de sábado en el “en otros sentidos” profano Leavenworth. Cuando regreso a mi celda después de ese viaje hacia mi interior en la tienda de sudar, trato de revivir cada momento, sumergiéndome de nuevo en esos sentimientos superiores no solo por puro placer espiritual, sino también para buscar entre ellos algo de significado especial, cualquier instrucción concreta que el Gran Misterio tuviera para mí. En el sudor le llegan a uno cosas que ni siquiera comprende en el momento, que solo después —a veces años después— uno de repente comprende que eran parte de sus propias instrucciones, de lo que llamamos Instrucciones Originales.

Los Ancianos me enseñaron que hay tres tipos de Instrucciones Originales. Están las Instrucciones Originales para toda la humanidad, algo así como los Diez Mandamientos que son ciertos para todos los seres humanos. Esos tipos de instrucciones llegan solo a través de seres superiores, como Moisés, Jesús, Mahoma o White Buffalo Calf Woman. Luego están las Instrucciones Originales para cada pueblo, cada nación, cada tribu. Estas llegan a través de grandes guerreros del espíritu como Crazy Horse, Sitting Bull, Gerónimo o Gandhi. Luego, en tercer lugar, están las Instrucciones Originales para cada uno de nosotros como individuos, para la vía que nuestro propio espíritu individual deba seguir. Es este tipo de Instrucciones Originales la que con mayor probabilidad le llega a uno en el *inipi* u otras ceremonias sagradas.

Sentado aquí, siento todo mi cuerpo radiante, cálido con vibraciones internas. En mi imaginación, revivo todos los sucesos que condujeron a la ceremonia *inipi* de hoy y todos los que la siguieron. En realidad no puedo llevarlos conmigo a los momentos centrales del sudor. Lo que allí ocurre es intensamente personal. Uno nunca celebra, o siquiera habla, de las cosas más importantes que le ocurren, las cosas

más profundas y más espirituales. Esas se producen entre uno y Wakan Tanka y nadie más. Ponerlas en palabras es congelarlas en el espacio y el tiempo y nunca deben congelarse así porque están siempre develándose, cambiando con el momento y adaptándose a él. Con las palabras, uno solo puede aproximarse a asuntos tales, no definirlos o capturarlos, del mismo modo que nunca se define o captura el Gran Misterio con palabras. Las palabras lo llevan a uno solo al umbral del significado. El significado en sí es algo que se tiene que sentir, se tiene que experimentar por sí mismo. Así que considérese esta descripción solo como un enfoque, un intento de llevarlo al umbral de alguno de los significados, los significados superiores, según yo los veo, de lo que experimento en el sudor.

A muchas personas les aterra el sudor... y no en balde. Puede haber tanto calor allí adentro cuando se vierte agua sobre las piedras al rojo vivo que, si uno no está acostumbrado, literalmente llega al final de la soga, del autocontrol. En ese vapor escaldante que cuece la piel, uno siente que no hay nada más que hacer que gritar *Mitakuye Oyasín* — “Todos mis parientes”— y que se le permita salir por la puerta de la tienda de sudar, que se abre para darle paso. Esa opción siempre está a la mano. Nunca se le obliga a uno a permanecer en el *inipi*.

Y, sin embargo, con raras excepciones, uno no lo hace. Se resiste a la tentación. Se aprieta la barriga y se soporta. Se entierran las uñas en la tierra desnuda del suelo. Sentado allí desnudo en la oscuridad calentada en exceso, las rodillas descubiertas a solo pulgadas de las rocas fundidas del pozo central, se llega al filo del propio temor, del propio dolor. Eso es lo que enseguida se comprende. Y esa es la lección que se debe aprender para sobrevivir en este mundo, así que es mejor aprenderla bien. Y, sin embargo, en ese temor, cuando se le mira cara a cara, hay una *conciencia*...

Por lo menos, comienza con una conciencia del temor en sí. Y luego, de algún modo, se deja atrás el temor, ese dolor, y se entra en un reino que se encuentra a un tiempo dentro del temor y el dolor y más allá de ellos. Mientras siente el dolor, uno piensa en sí mismo. Solo cuando se deja de pensar en sí mismo puede dejar atrás ese dolor y ese temor. Uno tiene que olvidarse de uno mismo para encontrarse a uno mismo. Uno mismo es la vía de entrada. La propia mente, limpia de repente de todo pensamiento, de todo temor, es la puerta. Y cuando se abre esa puerta y se pasa a ese otro reino...

Pero, no, sírvanse disculparme. Debo detenerme aquí. Más allá de este punto se convierte en algo por entero privado, incomunicable. Ponerlo en palabras lo destruiría.

Se me permite hablar solo de lo anterior y lo posterior, o de las acciones sencillas que preceden y siguen a ese momento, el más sagrado de todos. Pero cada una de esas acciones sencillas es también sagrada a su manera, desde el momento en que a las 6:30 la puerta de mi celda se abre de repente con un zumbido, un silbido, un chirriar y un portazo metálico y comienza mi mañana de sábado, mi momento más sagrado de la semana.

Estoy ya en pie desde media hora antes o más, preparando mis pensamientos, mi mente y mi corazón para el *inipi*. Trato de concentrar mis pensamientos, de no dejar que vaguen demasiado. Saco mi pipa sagrada y limpio lenta y meticulosamente la cazoleta de espuma de mar y la larga boquilla como una práctica espiritual contemplativa. No uno las dos piezas hasta justo antes de la ceremonia. Unir las dos partes de la pipa es como conectar un enchufe eléctrico: crea una conexión y libera poderes que solo una ceremonia adecuada puede contener. White Buffalo Calf Woman nos enseñó a usar la Pipa hace muchos cientos de años. Y esa Pipa original que trajo todavía existe en el pueblo lakota, guardada por el jefe Arvol Looking Horse, el custodio de la Pipa Sagrada de Becerro de Búfalo Blanco en la décimonona generación. Para nosotros, esa Pipa original es tan sagrada como la cruz original sería para un cristiano. Arvol ha venido a visitarnos aquí a Leavenworth y nos ha dado su consejo espiritual y un sentido aún más personal de conexión con esa Pipa.

De modo que limpiar y pulir la pipa —descendiente de aquella maravillosa original— y compartir parte de su poder me ayuda a centrar la mente y aleja todos los pensamientos oscuros. Me enorgullece haber sido escogido portador de una pipa. Esa pipa sagrada, cuando la fumo durante la ceremonia, lleva mis oraciones de gracia directamente al Creador. Wakan Tanka nos escucha. El Gran Espíritu escucha cada palabra de cada oración... sí, incluso las oraciones de estos hijos suyos náufragos que estamos aquí en Leavenworth.

Después de guardar la pipa, todavía en dos pedazos, en su bulto, preparo el contenido de mi bolso de medicinas. Solo yo debo saber qué guardo realmente allí, aunque no hay nada que sorprenda. Las cosas usuales para la ceremonia, pero de todos modos sagradas y personales. También coloco en un bulto aparte dos bolsas de fideos que compré en el economato de la cárcel; irán a una olla de agua hirviente que el cocinero pone al fuego fuera de la tienda de sudar. Cada uno de nosotros lleva algo así, si puede: un par de salchichas, una botella de chile, una caja de seis refrescos, algunas papitas fritas, cualquier cosa. Son para compartir después de la ceremonia.

Agradezco no trabajar hoy mis usuales ocho horas en la fábrica de muebles, como hago entre semana. Aunque el sábado es el día más corriente de visitas en Leavenworth, les he pedido a mi familia y amigos que no me visiten por la mañana o temprano en la tarde, las horas de sudar. Tampoco desayuno esa mañana para centrar todo mi ser en la ceremonia que se avecina.

Poco después de las ocho, la voz del capellán de la cárcel se escucha por los altoparlantes, anunciando: “Hoy se celebrará la ceremonia de sudar de los indígenas americanos”. Es buena noticia. Cuando uno se despierta el sábado por la mañana, nunca sabe si en realidad se celebrará. La única causa por la que no se celebra es si hay niebla pesada o tiempo especialmente tormentoso que impida a los guardias vigilarnos cuando estamos en el patio. De no ser así, vamos sin que nos importe cómo esté el tiempo. Hemos estado allí en días de invierno bajo cero y bajo aguaceros. Nada nos detiene si podemos evitarlo. En realidad, me encanta salir cuando hace mal tiempo. Me sorprende que llamemos “mala” a una tormenta. No hay nada más bello... y es algo que casi nunca se logra experimentar aquí aparte de escuchar vagamente el trueno que estremece los gruesos muros de piedra mientras uno yace en la celda sin siquiera una ventana al mundo exterior. Hay momentos en que daría cualquier cosa solo por salir a caminar en una tormenta, sintiendo que el soplo de viento me atraviesa, absorbiendo la lluvia y el trueno y el relámpago en la carne, sintiéndome uno con el Gran Misterio.

Salir bajo las tormentas es algo que siempre me encantó de niño. Los truenos y los relámpagos me hablaban. Salía a caminar en las tormentas. Se dice que, si se presta atención, es posible oír la voz de Crazy Horse en los truenos. Pero eso también nos lo han quitado. Nos quitan hasta el trueno y el relámpago. No es mucho lo que nos dejan.

Nos permiten el *inipi* solo tras años y años de lucha en los tribunales, que al fin fallaron que los indígenas encarcelados al menos tienen derechos religiosos limitados, como la práctica del *inipi* y el llevar pipa y un bulto de medicinas. En Leavenworth nos conceden esos derechos, a veces a regañadientes, pero al menos nos los conceden. Las cárceles estatales pueden ser peores que las federales en ese sentido. Hace poco un recluso creek seminole llamado Glen Sweet iba a ser ejecutado en una cárcel estatal situada no lejos de aquí, en Missouri. Después de agotadas todas las apelaciones, cuando se acercaba la hora de su ejecución, pidió un último *inipi*, una limpieza final en la tienda de sudar de la cárcel, justo antes de recibir la inyección

letal. Se pensaría que no era mucho pedir. Pero no. Se negó su solicitud y murió sin ceremonia. ¡Imagínese que hubiera sido católico y se le hubiera negado la extremaunción! Supe todo esto por nuestro asesor espiritual, Henry Wahwassuck, quien acompañó a Glen Sweet a la cámara de ejecución y lo vio morir.

—Era un indio —me dijo Henry—. Murió con valor, como muere un indio. Tendrá su ceremonia de *inipi* en el Mundo del Cielo. ¡Allí no se la podrán quitar!

Ahora espero la llamada para bajar a la tienda de sudar.

Uno de los hermanos grita desde el otro lado del pasillo.

—Ey, hay buen tiempo. ¡La temperatura allí afuera es de unos veinte grados!

Bien. Me gusta cuando hace frío. El calor escaldante dentro de la tienda de sudar con el frío congelante afuera de algún modo hace más intensa la ceremonia de sudar.

Un poco después de las 7:30 tomo mi pipa y mis bultos, salgo de mi celda al estrecho pasillo que conduce a la caja de la escalera y bajo los peldaños hasta la puerta de la oficina del capellán de la cárcel, donde nos reunimos hasta que nos da su permiso oficial para celebrar la ceremonia de sudar... o, como les gusta llamarla a los guardias, el “Pow-Wow”. Atravieso dos detectores de metales antes de salir al fin del complejo de pasillos y edificaciones anexas al aire abierto helado del patio. Afuera hay una comprobación más con un detector de metales.

Con los otros hermanos, espero un rato bastante largo frente a la verja cerrada de la alta cerca de alambre que han construido alrededor de la tienda de sudar. Como llevamos solo pantalones de sudadera y ropas así, temblamos todos en el aire tonificante mientras esperamos que el guardia abra la verja. Pero el aire frío resulta agradable. Y es puro, a diferencia del aire pesado, agotado, respirado, del bloque de celdas. Me lleno los pulmones con el frío, disfrutando cada segundo. Estamos allí de pie intercambiando comentarios jocosos, pero no se hacen muchas bromas en esta ocasión sagrada. Todos nos centramos en el viaje interior que estamos a punto de emprender. Al fin, el capellán abre la verja y entramos en fila, unos dieciséis o dieciocho hombres.

El guardia nos cuenta por tercera o cuarta vez y dice:

—Bueno, están adentro. Regreso después.

Nos encierra y se aleja. Puede que estemos dentro de una cerca de acero de doce pies de alto en una cárcel de máxima seguridad, di-

rectamente ante la pared norte flanqueada por dos torres altísimas, pero —de repente— *¡somos libres!*

Ahora cada uno hace sus preparativos. Los cuidadores del tambor lo colocan fuera de la tienda. El cuidador del fuego enciende una hoguera fuera de la tienda, el fuego que calentará todas las piedras sagradas para la ceremonia. Cada uno de nosotros echa al fuego una pizca o dos de tabaco, junto con nuestras oraciones. El cocinero hace hervir la cacerola del agua en otra hoguera situada a un lado. Le entrego las dos bolsas de fideos que he traído. Reúne junto a sí una pila creciente de alimentos, algunos vegetales frescos y algunos refrescos. Armamos el altarcito de piedra y lo vestimos con salvia, albahaca y otros artículos ceremoniales. Los que llevamos las pipas las armamos para la ceremonia y por el momento las colocamos como ofrendas en el altar. También colocamos nuestras plumas de águila con una oración de ofrecimiento. Entonces permanecemos en pie y conversamos afablemente, tal vez bebemos un poco de café caliente, sintiéndonos todos bien. Se trata más bien un momento social hasta aproximadamente las 10:30, cuando los altavoces gritan: “¡La cuenta está bien!”, lo que significa que en el último conteo estaba todo el mundo presente.

Ya son las 11:00 y esperamos la llegada del mundo exterior de nuestro asesor espiritual, Henry, a quien conozco desde que de niños asistíamos la escuela de la Oficina de Asuntos Indios en Wahpeton. También tuvo el alto honor de pasar cinco años dentro de estos muros en los setenta. Henry fue una de esas valientes almas que el gobierno acusó en aquella época, como hizo con tantos otros que no habían hecho más que defender a su pueblo.

Henry es nuestro líder de sudar hoy. Es amigo de todos nosotros, un hombre maravillosamente espiritual... y un tipo duro, permítanme decirles. En lo tocante al *inipi*, vigila que todo se haga a la perfección. Cada detalle debe seguirse con exactitud. El propio Henry trajo la mayoría de los materiales para construir la tienda de sudar: los árboles jóvenes que componen la estructura de la tienda abovedada y las rocas, piedras grandes y pequeñas de lava gris negruzca resistente al fuego que usamos para las hogueras. Hicimos la cubierta de la tienda con frazadas rasgadas y diversos pedazos de lona que logramos que nos dieran aquí en Leavenworth. Tiene unos cinco pies de altura y casi quince de extensión, supongo que con un aspecto improvisado, pero a nosotros nos parece impresionante y sin dudas sagrada, tanto como cualquier catedral.

Ahora los cantantes colocan el tambor y comienzan a marcar un ritmo bajo, estable. Dan inicio a una de las canciones sagradas, una canción de Pipa, la primera de las muchas canciones que se cantarán ese día, y al fin comenzamos a llenar las pipas para la ceremonia. El fuerte sonido bajo del tambor llama la atención de los guardias que se encuentran en las torres a ambos lados. Vemos las siluetas en sombra de sus cabezas que se elevan cuando nos miran. Supongo que están acostumbrados a mirar las cosas extrañas que hacemos. Deben aligerarles una mañana de sábado en otros sentidos aburrida. Me pregunto si les llega el olor del humo perfumado de la salvia y la albahaca y el cedro limpiador. Rezo porque así sea.

Al fin llega Henry —al parecer no lo dejan entrar hasta el último minuto— y el capellán lo encierra con nosotros en la tienda. Henry nos saluda calurosamente y tiene un apretón de manos y un abrazo para cada uno de nosotros. Pero sus sonrisas pronto pasan a la seriedad. Revisa el lugar para asegurarse que todo está listo para la ceremonia. Cuando comprueba que todo está en orden hasta el mínimo detalle, al fin anuncia: “Todo está en su lugar. ¡Es hora!”

Esa son sus palabras cada vez. Esa es la señal para entrar en la tienda de sudar.

Para ese momento nos hemos desnudado, envueltos solo en una tira de una vieja frazada del ejército, que hemos tenido que usar en los últimos tiempos después que confiscaron nuestras toallas ceremoniales. Nos alineamos a la puerta del *inipi* con las pipas, sonajeros de calabaza y plumas de águila. Una vez alguien le preguntó a Henry por qué teníamos que estar desnudos y él repuso: “¿Has visto a un bebé nacer con pañales o calzoncillos?” Muchas veces se compara la puerta de la tienda de sudar con la apertura del útero de la Madre Tierra. También me gusta pensar en ella como una puerta *al interior de uno mismo y a través de uno mismo y luego hacia fuera de uno mismo*. El ser es lo primero que hay que dejar atrás cuando se entra en el *inipi*.

Entramos por la tapa de la puerta, que está echada hacia atrás, giramos de inmediato a la izquierda y nos movemos en dirección de las manecillas del reloj por el interior de la tienda, tomando cada uno lugar en la tierra desnuda y aplanada. Entra primero quien haya sido escogido ese día para echar agua en las rocas al rojo vivo para crear el humo, camina en torno a la tienda circular y toma asiento junto a Henry, quien ya está en su lugar, sentado justo a la derecha de la puerta todavía abierta, preparando la parafernalia del ceremonial. Todavía hay fresco dentro de la tienda; el pozo central de la hoguera

está vacío. El cuidador del fuego traerá después piedras al rojo vivo de la hoguera exterior, cada piedra brillante llevada reverentemente en astas de venado. Las siete primeras se traen una a una: una para cada una de las direcciones sagradas, una para la Madre Tierra, otra para el Pueblo y otra para Wakan Tanka. Luego se traerán más piedras, en dependencia del calor que Henry desee que se alcance. Pero incluso antes de que se traigan las piedras, el calor corporal de unos veinte hombres calienta enseguida el lugar hasta que se alcanza una temperatura acogedora.

Afuera está el portero, que abrirá y cerrará la puerta cuatro veces, o cuatro “rondas”, como las llamamos, durante la ceremonia que dura de dos a tres horas.

Luego oramos y “ofrecemos pensamiento”, como Henry lo llama, tratando de unir nuestras mentes colectivas en una sola. Pasamos la salvia en el círculo; todos toman una pizca y la mastican o tal vez se la colocan en los cabellos. Y entonces se pasan las plumas de águila, para poder compartir su energía. La puerta sigue estando abierta y se entran las siete primeras piedras en los cuernos y se colocan en el pozo central junto a nuestras rodillas. Ofrecemos cedro a las piedras, para limpiar y purificar el aire y alejar cualquier mal pensamiento. Entonces Henry pide el agua y se trae un cubo que se coloca en el centro de la puerta dentro de la tienda. El cedro se ofrece a las propias piedras encendidas, y silba fuertemente mientras llena el aire con su encantador olor. Entonces Henry salpica el cedro a las piedras y bendice el agua cuatro veces.

Ahora el que vierte el agua toma la cuchara de cuerno de búfalo de Henry, la llena de agua y la vierte por primera vez sobre las piedras. Para este momento la puerta está cerrada y... pero no, hasta ahí puedo llevarlos. El resto, dice Henry, no puede contarse. Puede experimentarse, pero no contarse.

Solo puedo decir que la puerta se abre y se cierra cuatro veces, se echa cuatro veces agua del cuerno de búfalo a las piedras fundidas, cuatro veces explota y nos envuelve el vapor calentado en exceso... ¡pero *no más!* “No divulgues lo que ocurre, ¡ninguno de los detalles de lo que te ocurre allí!”, insiste Henry.

Y cumplo con ello. Y espero que ustedes también lo hagan. Es probable que ya haya dicho demasiado, pero Henry revisará esto y cuidará que lo que no debe decirse quede sin decir. Esta precaución es tanto por el bien de ustedes como por el mío. Hablar de lo que me ocurre en el *inipi* sería darles a *ustedes* el remedio que es para *mí*. Carecería de sentido, sería incluso dañino... para ustedes y para mí.

Se ha dicho bastante. *Mitakuye Oyasín*.

Después de la cuarta ronda, y de nuestras oraciones finales, la puerta del *inipi* se abre por última vez y salimos uno a uno del mismo modo que entramos. El aire de veinte grados me golpea como una bofetada poderosa, casi tirándome hacia atrás. Pero la sensación es maravillosa. A un lado hay una ducha mal construida con agua sin calentar en la que disfruto temblar unos segundos, quitándome el sudor y golpeándome con fuerza. Resulta increíblemente tonificante después del baño de sudor en calor escaldante. Mi carne parece cobrar vida. De lo bien que me siento, juraría que brillo. ¡He renacido!

Hacemos un círculo fuera y encendemos las pipas y de nuevo “ofrecemos pensamiento”. Es todo muy íntimo, muy conmovedor. Después de quemar un poco más de salvia y albahaca, vaciamos las pipas, nos vestimos y compartimos la comida que el cocinero ha preparado. Para ahora todos tienen los ojos brillantes, sonríen, ríen, hablan con rapidez. Hay una camaradería verdaderamente fuerte. Es un momento feliz y sagrado. No deseamos que termine. Pero pronto aparece en la verja el capellán: “Se acabó el tiempo. ¡Tienen que estar listos para el conteo de las cuatro!” Esto acaba al instante con la magia y momentos después regresamos al mundo ordinario, atravesando los tres detectores de metales hasta el bloque de celdas. Regresamos a Leavenworth después de siete horas de bendita libertad. ¡Sin que los guardias en las torres se percataran jamás de que habíamos escapado!